

RAUL PEREZ TORRES

EL CUICO

Yo, cuando pequeño, era marica.

Tenía miedo a todo, a la noche, a los árboles, a la quebrada, a la cocina de mi casa, a los retratos de las artistas antiguas, colgados en las paredes. El cuico en cambio era todo lo contrario. Yo no comprendía como uno podía ser tan desprendido de la vida. Se atravezaba solito los túneles de la quebrada de Miraflores. Yo me quedaba esperándolo, sentado a la entrada o a la salida del túnel. Luego de media hora salía, yo veía su figura alta, delgadísima, venía de la noche, de la obscuridad, de la valentía, parecía un fantasma. Con paso alegre, las manos moviéndolas inexplicablemente muy alto y muy bajo, se acercaba sonriendo y me decía: "tu no puedes entrar allí Quique, me han sucedido cosas fantásticas" y se ponía a contarme de brazos peludos, de caras fosforescentes, de golpizas invisibles. Yo le oía embelazado y nervioso. Era mi ídolo, el que todo lo podía.

Lo odiaban en mi casa, para ellos era un patán, yo no se cómo mi madre podía equivocarse, cómo mi madre no pensaba que él también tenía su madre que decía que el cuico era el mejor hijo del mundo, la madre propia de él sabía quién era su hijo, luego ella no se equivocaba, la equivocada era mi madre. Hubo un tiempo en que yo despreciaba a mi madre, me pegaba continuamente y no me dejaba salir con él. Yo lo miraba desde la puerta de calle, lo distinguía al punto. El cuico siempre se paraba en la esquina de mi casa. Su figura era inconfundible. Yo lo miraba paseándose alegramente por toda la calle Asunción, esa calle era suya y la Panamá y la Canadá y la intersección de la Río de Janeiro y Vargas, todo era de él, era en definitiva dueño del barrio, dueño del mundo.

Así empecé a amar la libertad, a añorar la libertad, a odiar la opresión.

Por circunstancia especial, mi madre se convirtió en la primera opresora de mi vida, ya luego con el tiempo conoceería yo todas las formas de opresión.

Un día, el cuico vino a visitarme con una novedad, siempre venía con una novedad. Ahora era un palo curvado con una piola templada a los extremos. Igual a lo que había visto en películas de Weismuller. Era un arco. Traía también muchas varas finísimas, con un poco de brea en la punta. Me enseñó a lanzar. Poseía una puntería extraordinaria. Me decía jactancioso: "donde pongo el ojo, pongo la flecha" y a mi me sonaba esa frase como cuando por la noche yo recitaba "Dios te Salve María, llena eres de gracia...". Fue el acabose la temporada en que nos dedicamos al arco y la flecha. Allí me nació otro trauma pequeño. Comencé a despreciar a los soldados. El cuico siempre me decía: "tira contra los chapas de charrateras, hay que acabarlos" y mi imaginación calenturienta veía ejércitos invisibles de soldados con cascós, odio y botas. Un año después mi hermano me hizo leer a punte pescozones "Don Quijote de la Mancha" y yo secretamente me burlaba de esa porquería, del molino y todo aquello, porque el cuico y yo siempre lo habíamos hecho mejor y contra peores enemigos. Me obligaban a leer "El libro de las selvas vírgenes", "Tom Sawyer" y todas esas bazofias que el cuico y yo las vivíamos quintuplicadas.

El cuico era formidable. Yo siempre atrás de él, aprendía las cosas con facilidad. Mi cobardía no tenía nada que ver con mi habilidad. Yo aprendía rápido y el cuico se sentía orgulloso de ello. El me decía: "sáltate de aquí allá..." y él lo hacía primero, yo probaba una, dos, diez veces y no me atrevía, me quedaba en el filito del muro. El me demostraba otra vez y luego me decía: "eres un maricón", y continuaba: "esto lo hago yo cerrado los ojos, mira..." y se lanzaba de un lado a otro por sobre el abismo con los ojos completamente cerrados. Entonces yo quedaba abochornado, aniquilado y regresaba silencioso. El se olvidaba al instante de esas cosas pero ahora me parece que se hacia el olvidadizo. Nos despedíamos, entraba yo a mi casa y luego como un ladrón o un criminal que va a cometer su peor fechoría, me regresaba al sitio del salto y probaba mis nervios. Cuando estaba solo, las cosas me salían más rápido, era una especie

de vergüenza al cuico, de respeto, de inseguridad delante de él, de mucha, demasiada responsabilidad delante de sus ojos.

Al otro día lo iba a buscar yo, nunca supe donde vivía, las calles del barrio eran su morada. Yo le preguntaba: "dónde duermes?" y me contestaba: "en las estrellas" y yo indagaba: "y tu madre?" y replicaba: "conmigo, en las estrellas". Lo buscaba digo, y disimuladamente, como quien no quiere la cosa, lo llevaba al sitio de la aventura, hipócritamente y sorprendido le decía: "mira, estamos donde ayer no pude saltar . . ." y el comprensivo, superior: "probamos nuevamente?". Entonces yo, infinitamente agradecido, me daba aires de no querer, de no poder, luego como un esfuerzo supremo llegaba al sitio corriendo y saltaba sin más. El cuico se lanzaba donde mi, me abrazaba y me felicitaba, pero ahora que lo pienso, luego de estas demostraciones, siempre se quedaba un poco silencioso, como que sospechaba que lo engañaba . . .

Así conocí el engaño, por mí mismo, por mi alma.

Sólo en una cosa no me ganaba. En fútbol. Yo era muy hábil, demasiado hábil. El mejor del barrio. Yo escogía en los partidos, el tal acá, el tal allá, y siempre, todas las veces, primerito a él, al cuico. El era arquero, su valentía iba más allá de las piedras, del pavimento, del dolor, de la sangre, siempre ganábamos los partidos, jugábamos contra grandes y a mi me pateaban de lo lindo. Cuando se armaba la bronca el cuico me ponía a sus espaldas y se convertía en una espada filosa e imbatible. Nadie sabía que en las profundidades de mi alma, más allá de los pies, yo era un cobarde. Todos creían lo contrario y me temían, ahora comprendo que no me temían a mi sino a mi amistad con el cuico. Solamente mi hermano, que en las noches, por fastidiarme me mandaba a traer vasos de agua de la cocina, donde el retrato de una artista antigua, me miraba fijamente con sus ojos de cartón negro, sólo mi hermano digo, sabía de mi miedo. En las horas de almuerzo, mi hermano me permitía contarle alguna cosa, yo le decía mis aventuras y se reía burlonamente, pero yo no me daba por vencido, me emocionaba y seguía hablando. Tenía ansias de explicarle todo lo mío. Era como un defecto, una enfermedad. Sentado junto a él me buscaba enseguida los bolsillos y le enseñaba cualquier cosa, cualquier certificación de mi hombría, unas piedras recogidas, las flechas, la alineación del equipo en el que yo siempre era

centro delantero, mis magulladuras en las piernas, en los brazos, en la cara.

Luego a menudo en mi vida siempre he sentido esta misma sensación de meterme las manos en los bolsillos en presencia de mi hermano y buscar algo para enseñarle. Hasta hoy, cuando nos encontramos cada siglo, saco instintivamente mi libreta y de golpe pienso que no tengo nada extraordinario que indicarle, que la vida me ha sorbido todas aquellas cosas principalísimas, las piedras, la primera fotografía de ella, el cuchillo con el mango que me construí yo mismo, y guardo nerviosamente la libreta porque en ella apenas están escritos unos versos sosos y ridículos.

Cuando me lastimaban, yo llevaba vivito, sangrante, el trofeo para mi hermano, y como que nada se lo mostraba. Mi hermano me veía con esos ojos hermosos y cansados y despectivamente me decía: "lávate, estás hecho un cerdo . . ." pero yo veía un brillo de satisfacción en su gesto. Ese era mi premio, mi gran premio. Dormía tranquilo, a pierna suelta y hasta apagaba la luz de nuestro cuarto antes de que él viniera, en señal de valentía, y ahora me viene a la mente una idea; aprendí a leer libros no por el gusto que ello implica, sino por miedo, leía hasta las doce, una de la mañana, hasta cualquier hora, hasta la hora en que mi hermano llegaba. El venía, me decía: "hola" y comenzaba a desvestirse lentamente. Arreglaba su pantalón para que no se le dañara la raya, siempre, viniera como viniera, a veces venía un poco pasado de copas, pero siempre era igual, yo lo miraba entre Ukleberry Flin y un pedazo de mi pijama, a hurtadillas, su espalda siempre digna, justa, levantada, y yo pensaba "así debe pararse Dios . . ." y me dormía como un santo . . .

Pero el cuico llenaba todas mis horas, hasta que empecé a notar en él una limpieza que no conocía, venía todos los días con la camisa "hecho un anís" como decía mi madre, ya no traía palos y a cada momento me decía: "no me manches". Yo había admirado también en él su pelo copetudo, desordenado, tirado como quiera sobre su frente estrecha, al estilo de Burt Lancaster, pero empezó a mojarse bárbaramente el cabello, a cada momento, y se alizaba con furia con una peinilla que compró en la tienda de la gorda. Me acuerdo que compró allí porque para esto hizo todo un acto solemne o al menos a mí me pareció así. Luego vino con menos frecuencia y cada día estaba más reservado, yo no podía cortar esa especie de hielo seco que se había formado entre nosotros y

opté por callarme. Luego empezó para mi el descubrimiento del todo. Fue como todas las cosas de mi vida, de golpe. El cuico me dijo: "te acuerdas de la Tini, la que vivía en la zapatería del barbas" y yo, perplejo: "cuál Tini?", "la flaquita, la que le decían cactus". "Si, ahora me acuerdo, la que te gritó una vez ¡Tísico! y tú casi la matas de un piedrazo?", "sí, ella". "Bueno, que pasa con ella?" y el cuico: "nada, nada . . ." y luego los silencios que días más tarde el cuico los llenaría con el tabaco. Cuando empezó a fumar se quedaba embebido, como alucinado con el humo, lo miraba con sus ojos claros y me decía: "mira, no hay en el mundo un azul tan bello como este, pero no es del cigarrillo, es de mis manos . . .". Alguna vez le pedí una pitada pero me negó y me dijo que eso era cosa de hombres, fui a mi casa y por ser hombre me encerré en el baño con un cigarrillo que le robé a mi hermano y luego el vómito, el semidesmayo, el dolor incontenible del estómago, la asfixia y más tarde el descubrimiento de mi madre, la tranquiliza de mi hermano, el llanto de mis hermanas, el niño perdido, desgraciado, degenerado, asqueroso. El juramento: "no mami, el cuico no tiene la culpa, no lo haré nunca más, lo prometo . . .".

Luego hacia el precipicio, un precipicio por el que todo el mundo baja, unos con cuidado, como cabras, otros de frente: "mira" me dijo el cuico un día, "has pensado alguna vez en las mujeres", "Sí" le contesté, "todas las noches pienso en mi mamá y mis hermanas, creo que si no existieran sería libre". "No seas bruto" me contestó el cuico, "sin tu madre no podrías vivir yo que soy todo un hombre necesito de la mía, pero no te hablo de eso, quiero decirte por ejemplo —y empezaba a toser delicadamente— no tendrías ganas de besarle a la Tini, bueno, no a la Tini, a cualquier muchacha de tu edad, besarla en la boca . . .". Me recorrió un escalofrío que se hizo consuetudinario siempre que me hablaba de estas cosas, le contesté que si, por no ser menos, pero la verdad no había ni pensado en ello, conocía el beso abierto de mi madre, el beso que no me daba mi hermano pero que yo lo sentía cuando me dirijía la palabra como a una persona, el beso seco y acostumbrado de mi abuelita y punto final.

El cuico me dijo: "es lo único que cuenta en la vida, para eso vivimos, para nada más", "y el fútbol?", "nada, todo es una porquería, besar, besar, besar, de lo contrario eres un maricón que no sirves para nada". "Tú has besado cuico?" "claro, soy un hombre no?" "a quién, a Tini?" y el cuico

prendía un cigarrillo y se silenciaba como tintero; (no se por qué hasta ahora pienso que el tintero de mis años de escuela es lo más silencioso que he conocido nunca). Y en la quebrada de Miraflores, el cuico: "bueno, date una pitada" y yo, la cara de mi madre, el llanto de mis hermanas, el servicio higiénico, y el cuico con su mano extendida, autoritaria, buena . . .

—Se te para tu paloma?

—¿Cómo???

Nada, que si se te para esto? y su ademán vivo, viril, como de torero, con sus dos manos brindándome el conocimiento del mundo. El desabrocharse, enseñarme y deleitarse: "hazlo tú también, es como un salto . . . Se llama la paja . . ." Y el entrar paulatinamente a otro túnel, más claro, sin miedo ya, con un poco de temor pero con un gusto raro. Luego la somnolencia, el silencio en casa, los ojos bajos y el acostarme enseguida, taparme bien y no rezar . . .

Un hueco enorme en mi vida, el cuico desapareció, no lo vi más, Don Miguel el gordo de la tienda donde nos fiaban, me dijo: "creo que se ha ido a Guayaquil para embarcarse . . .". Conocí la ingratitud y la pena, más que todo lo insopportable de no poder llenar las horas, de enfrentarme solo a todo lo desconocido, de no tener un valiente que tapara en el equipo y mi hermano como adivinando sin hablarme días. Alguna noche soñé que en verdad el cuico vivía en las estrellas y yo le buscaba de una en una, saltando virilmente y sin miedo, de primera y con estilo, pero en ninguna aparecía, hasta que en la última, su madre, envuelta en cinco puntas blancas, me miraba cariñosa y me decía: "mi hijo ya no vive aquí, se ha pasado al sol" y se reía mientras desaparecía . . . Me olvidé con mucho esfuerzo del cuico, y vislumbré lejanamente que talvez solamente yo importaba, que había varias amistades rodeándome y que yo era el centro de una atracción especialísima. Conocí la jactancia. Una tarde entré al dormitorio de mi madre (olía a mantilla, a jabón a cera) busqué su cartera y cuando la encontré la abrí, tome un frasco de perfume y salí. Ahora la calle Asunción era mia, igual que la Vargas, San Juan, la América y en definitiva el mundo. Me dirijí directamente donde Tini, la flaca, la que le decían "cactus" y por la que seguramente el cuico desapareció. Timbré en su puerta y cuando salió le dije: "bésame", me contestó que si me había vuelto loco, que era muy niño, entonces yo definitivamente le entregué el frasco de

perfume de mi madre. Tini lo tomó y dijo silenciosamente: "qué es esto?", lo destapó y absorbió su olor. Yo miraba pálido el aletear de su nariz, la languidez de sus ojos, pensé en el cuico. Tini me miró largamente como la distancia de los abismos que el cuico y yo saltábamos y tomándome el rostro con ambas manos me besó en la boca, luego me dijo "te espero mañana". Conocí entonces la codicia.

Salí apresuradamente y corrí hasta mi casa. No me dejaron acariciar mi sueño, mi hermano me esperaba con su cara de juez:

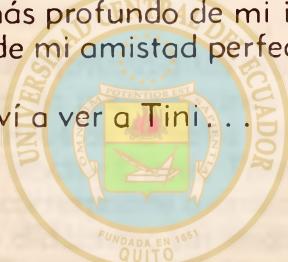
—Y el perfume?

Y yo nervioso, colorado, indigno:

—Lo regalé a Tini.

La desgracia, la mano quemada con tabaco, con el mismo tabaco que me hacía vomitar, la estatura de mi hermano sextuplicada para arriba, hasta los árboles, hasta el horizonte y más tarde, al caer la noche, lo inigualable, en el centro de mi sueño, en lo más profundo de mi inconciencia de niño, en el hueco enorme de mi amistad perfecta, pensaba: "cuico, estás vengado".

Nunca más volví a ver a Tini...



ÁREA HISTÓRICA

DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL